LIBRO NUEVO

DE LA PASION DE NUESTRO REDENTOR JESUCHRISTO,

SACADA DE LA

HISTORIA SAGRADA.

SEVILLA
Imprenta de Anastasio Lopez, frente á los Menores, 1822.



DESPEDIDA QUE HIZO EL *Señor de su Santísima Madre para ir á padecer su Pasion.*

Viendo Jesus que su muerte
estaba ya tan cercana,
llamó á su Madre prudente,
y con discretas palabras
se despidió de esta suerte.
Quedaos con Dios Madre mia,
vuestra bendicion espero,
porque ya se acerca el dia
que enclavado en un madero
se cumplan las profecías.
Solo de mi Padre espero
que me dé su bendicion,
y á partir me voy luego
á padecer mi pasion
en manos de Fariseos,

¡Ay, Hijo, si fuera dable
el padecer yo por vos,
y en tu pasion aliviarte!
¡Ay, Madre! quedad con Dios,
que no puedo consolarte.
Lo que por mí hareis, Madre,
es que me vayais á ver
el Viernes santo en la tarde
al Calvario, allí ha de ser
mi muerte muy afrentable.
Pues ya que de mí te vas,
Hijo mio muy amado,
á morir crucificado,
muy triste me dejarás
si no me abrazas, mi amado.
Al darle el estrecho abrazo
la Vírgen, de sentimiento,
pena, dolor y quebranto,
se reclinó sobre el pecho
de su Hijo sacrosanto.

¡O soberana Señora!
Por tu amarga despedida
seas nuestra intercesora,
porque al partir de esta vida
gocemos la eterna gloria.

Mandó preparar la cena
nuestro Redentor amable,
de tantos milagros llena,
que no habrá lengua que hable
Las maravillas que ordena.

Lavó los pies al traidor
Judas, y á todo el colegio,
mas ni por este favor
de tan alto privilegio
salió Judas de su error.

El cenáculo es el templo
primero de la ley nueva,
en donde á Jesus contemplo
que á todas las almas lleva
para que tomen egemplo.

Puesto Jesus á la mesa,
el pan bendijo diciendo,
este es mi cuerpo, promesa
del amor mas estupendo
que al serafin embelesa.

Con el cáliz en las manos
hizo igual ofrecimiento,
y sus labios soberanos
dejaron un sacramento
para todos los cristianos.

De tantas gracias deudor
el beneficio agradece,
hombre, y dile á tu Señor:
feliz culpa, pues merece
el tener tal Redentor.

Hombre, bien puedes decir,
y la fé será testigo,
que has llegado á conseguir
que tu Dios esté contigo,
si asi lo quieres cumplir.

La cena ya concluida,
despues de la comunion,
hizo el Autor de la vida,
para nuestra redencion,
de su Madre despedida.

Once discípulos lleva
nuestro Jesus para el huerto,
sin que con su egemplo mueva
á uno que quedó encubierto,
que grande traicion reserva.

Llegó al huerto, y su oracion
hizo con fervor tan grande,
que por la contemplacion
empezó á sudar sangre
para nuestra redencion.

Mientras con penas agudas
nuestro Jesus nos exorta
á desterrar nuestras dudas,
y allí un angel lo conforta,
de la ciudad salió Judas.

Miércoles despues de Ramos
vendió Judas el traidor
al altísimo Señor:
almas, cómo no lloramos
dia de tán gran dolor!

Martes santo maldecia
que la noche no pasaba,
y él en su traicion pensaba,
y Miércoles, ya de dia,
asi con Jesus hablaba:

¡O Maestro singular,
mi Dios y celestial bien!
Me quereis licencia dar,
que voy á Jerusalen,
y tengo que negociar?

Jesus, con su gran poder,
licencia le concedió,
y tambien le insinuó,
haz pronto lo que has de hacer,
y Judas se despidió.

En el interin salia,
con la Vírgen se ha encontrado,
la Señora le decia,
dónde vas apresurado?
mas Judas no respondia.

Con estas y otras razones
á la ciudad se ha llegado,
casa de Caifas ha entrado,
donde estaban los sayones
y estas palabras ha hablado:

Príncipes, en qué entendeis,
pues todos juntos estais?
Vos por que lo prejuntais?
Vengo á saber lo que haceis,
y á oir de lo que tratais.

Si á Jesus quereis dar muerte,
como si un facineroso
fuese, y un escandaloso,
yo lo entregaré de suerte
que al vengaros tengais gozo.

Ved cuanto me habeis de dar
para que todos vivamos?
Respondieron, aqui estamos,
si lo entregas, no hay que hablar,
treinta dineros te damos.

Dijo, en ello soy contento;
pero cuando lo sabrán
todos los que con él van,
reconociendo mi intento,
la vida me quitarán.

Judas, no tengas temor,
muchos hombres esforzados
te darémos bien armados:
pudes yo entregaré al traidor
á que pague su pecado.

Con un escuadron volante
marcha el traidor pertinaz,
y entregó al vil conmandate,
con el ósculo de paz
al Maestro vigilante.

En la tercera estacion
á los Pontífices veo
con su Maestro en cuestion;
pero mi atencion empleo
de Pedro en la negacion.

Entraron por la ciudad
con Jesus preso y atado
con tal rigorosidad,
que el pueblo escandalizado
seguia á su Magestad.

Por ventanas, y balcones
muchas gentes se asomaban
al ruido de los sayones,
que muera Jesus, clamaban,
en medio de dos ladrones.

Con ira y saña cruel
su santo cuerpo le herian,
golpeaban y escupian,
y aquel inocente Abel
su hermosa sangre vertia.

Llegó entre la turba armada
á la presencia de Anás:
¡O Magestad increada!
preso por el hombre vas
entre la gente malvada.

Mientras que Anás preguntaba
á Jesus por su doctrina,
Pedro á la lumbre se estaba,
y entre muchos que allí habia
le conoció una criada.

Y le dice tu eres, viejo,
de la compañia de Cristo;
á lo cual respondió Pedro,
ahora me caiga muerto,
si á ese hombre nunca he visto.

Di la verdad y no lo niegues,
porque te conozco bien,
y te he visto varias veces
juntamente hablar con él,
predicando falsas leyes.

Por mas que le preguntaba
Pedro se desentendia,
mas un sayon le agarraba,
diciendo la verdad diga,
y Pedro siempre negaba.
Temiendo la muerte Pedro,
dijo, sin pensar la ofensa,
juro por el alto Cielo,
y el mismo testigo sea,
que no ha sido mi Maestro.
Al punto el gallo cantó
la segunda vez, y Pedro
su yerro reconoció,
y se arrepintió pidiendo
misericordia al Señor.
Anás preguntó al Señor,
en quien todo bien esiste,
dí si eres el Redentor,
que del Cielo descendiste
por salvar al pecador?

Tu lo dices, respondió,
y alzando la mano airada,
en su rostró le estampó
una cruel bofetada
el fiero Marco sayon.
Jesus, amante y sufrido,
dijo con suma paciencia,
¡O verdugo descreido!
si yo jamas te hice ofensa,
dime por qué me has herido?
Respondió muy enojado,
tu has llegado á blasfemar:
mas dime, cómo engañado
fuiste atrevido y osido
ante el Pontifice hablar?
Ya que en casa de Pilato
llegó nuestro Salvador,
al punto fue desnudado,
y con crueldad y rigor
á un marmol fuerte amarrado.

Luego aquella gente infame
sus manos á una columna
ligaron con tal coraje,
que por entre carne y uñas
le hicieron brotar la sangre.
Seis verdugos le azotaban
con el rigor mas violento,
y porque no se cansaran,
para cobrar nuevo aliento,
de hora en hora se mudaban.
Su sangre en raudales fuertes
de tal suerte derramó,
que del gran dolor que siente,
por tres veces el Señor
se vió cercano á la muerte.
Con duros garfios de hierro
salieron otros sayones
á azotar todo su cuerpo,
y fueron tal sus dolores,
que se quedó casi muerto.

Dios te salve Rey, decian,
del pueblo que te prendió,
y decian, porque veian
que los golpes le dolian,
adivina quien te dió.

En sus manos le pusieron
por real cetro una caña,
recias palmadas le dieron,
y mil oprobios le hicieron
aquella gente malvada.

Con sus rodillas hincadas
en tierra, por mas burlar,
con cañas golpes le daban,
y su barba le mesaban,
sin un punto descansar.

Oid y escuchad, mortales,
los golpes que al Señor dieron,
los mas duros perdenales
de dolor se enternecieron
al oir rigores tales.

Mas de cinco mil y tantos
azotes al Señor dieron,
asi dicen muchos Santos,
y á este número escedieron
sus angustias y quebrantos.

Danos, Señor, á sentir
tus azotes en memoria,
contemplándolos así,
podrán las almas subir
á gozar la eterna gloria.

Cuando la hora es llegada
de tercia, segun se cuenta,
Pilato á Jesus sacó
ante la gente cruenta,
y en altas voces habló.

Vedlo aquí bien castigado,
yo no lo puedo matar,
pues en él causa no he hallado
para le crucificar,
como teneis deseado.

La Farisaica nacion
en altas voces dijeron
muera, que no haya perdon,
pues de su boca salieron
palabras de admiracion.
Él dijo derribaría
el sacro templo ante nos,
y que en tres dias lo haría,
dijo ser Hijo de Dios,
y qne á salvarnos venia.
Si deseais el soltar
las pascuas á un prisionero,
á Jesus podeis dejar,
que es justo, segun refiero,
y á Barrabás castigar.
El pueblo muy pertinaz
en altas voces le dice,
soltad luego á Barrabás,
y á Jesus se crucifique,
y no se dilate mas.

Mirad que se hace Rey,
y que al César contradice,
y quebrantando la ley,
contínuamente desdice
lo regio de nuestra grey.

Puesto en su rico teatro,
con pecho del rigor lleno
comenzó á decir Pilato,
mando á Jesus Nazareno
que muera, y asi le trato.

Mando que á crucificar
lo lleveis con dos ladrones,
hasta el Calvario llegar,
con trompetas y pregones,
y allí la muerte le dar.

Mando por este temor
que á Barrabas le solteis,
aunque por vuestro rigor
el gran castigo tendreis
de las manos del Señor.

Caundó la sentencia oyeron
los crueles inhumanos,
á Jesus acometieron,
y como fieros alanos
muchos ultrajes le hicieron.

La túnica le pusieron,
la púrpura le quitaron,
por la cruz pronto enviaron,
y cuando allí la tuvieron,
mas sus tormentos doblaron.

Ya va con la cruz acuestas
Jesus nuestro Redentor,
y lleva con gran dolor
sobre sus espaldas puestas
las culpas del pecador.

Aquel bando temerario
gozoso el paso apresura
por la calle de Amargura,
llevando al monte Calvario
al Señor de las alturas.

Ya con pena y con dolor,
entre aquel tumulto fiero
de aquel vando tan feroz,
va el soberano Señor
con el pesado madero.

Una soga á la garganta
lleva el divino Cordero,
y delante un pregonero,
que su infame voz levanta
contra Jesus Nazareno.

Esta es la justicia, dice,
que manda el Emperador
que hagan con este traidor,
porque quiso con malicia
que lo adoren por Señor.

Quien tal hizo que tal pague,
dice la lengua perjura,
y con gran desenvoltura
no hay ninguno que no amague
á escarnecer su hermosura.

Le dan palos y puñadas,
con tirones desiguales
dos verdugos infernales,
y sus mejillas rosadas
dieron en los pedernales.

Jesus cayó, y la corona
de espinas se le clavó,
y tantas fuentes le abrió,
que su sagrada persona
toda en sangre se bañó.

Cuando lo vieron caido,
tantos á la soga hicieron,
tantos tirones le dieron,
que estando en tierra tendido,
muy recios golpes le dieron.

Vuelven los fieros sayones
con tal rigor á tirar,
que le hicieron levantar,
y á palos y puntillones
le obligan á caminar.

Caminó mi Dios sagrado,
y á pocos pasos que dió
con la cruz se arrodilló,
y á su Padre Eterno amado
allí perdon le pidió.

Viendo aquel sol eclipsado
entre polvo y sangre tanta,
Verónica, muger santa,
con un lienzo le limpió,
y su hermosura se estampa.

El alto Rey de la gloria,
Jesucristo, juez de jueces,
en el lienzo y sus dobleces,
para perpetua memoria,
su rostro estampó tres veces.

La cruz de Jesus le dieron
á Simon que le ayudase,
hasta el Calvario se fueron,
porque allí Jesus pagase
culpas que ellos cometieron.

Cuando con Jesus llegaron
al Calvario á hora de sexta,
la cruz en tierra asentaron,
y las gentes deshonestas
las ropas le desnudaron.

Salió á las ropas pegada
aquella carne preciosa;
contemplad cuan angustiada
quedó la Virgen piadosa
al ver sus carnes llagadas.

Asi que en carnes le vieron
los crueles, inhumanos,
la cruz en tierra tendieron,
poniendo sus pies y manos
frente de los tres barrenos.

La mano siniestra clava
un infame y vil sayon,
y á cada golpe que daba,
á Maria el corazon
el clavo le traspasaba.

La otra mano enclavó,
y no pudiendo alcanzar,
un cordel al brazo echó,
y de tan fuerte tirar
su cuerpo descoyuntó.

Fueron tan mal señalados
los tres barrenos crueles,
que á sus pies consagrados
fue preciso atar cordeles,
y tirar para enclavarlos.

Cuando á Jesus le enclavó
aquel linaje tan falso,
la cruz en peso tomó,
y levantándola en alto,
suspenso el cuerpo quedó.

Dos ladrones le pusieron,
que á morir le acompañaron,
y cuando en alto le vieron
todos allí se acercaron,
y mil injurias le hicieron.

Dijo un ladron al proviso,
DOMINE MEMENTO MEI,
y el que cielo y tierra hizo,
como soberano Rey
le prometió el paraiso.
Ya Jesus está difunto,
se rompe el velo del templo,
un espantoso conjunto
de tinieblas cubre el cielo
y el dolor llegó á su punto.
Llegan dos santos Varones,
quitan clavos y corona,
con profundas atenciones
bajan la santa persona,
iman de los corazones.
Le dejo á la cristiandad,
que habita en este destierro,
venerar con humildad
de Jesucristo el entierro
con profunda santidad.

En la soledad que apura
de Maria la eficacia
hay la pruebo mas segura
que si fue Madre de gracia,
ahora es Madre de amatgura.

Los golpes de los martillos,
y aquella inhumanidad
de soldados y caudillos,
en su triste soledad
de la Virgen son cuchillos.

Con el Discípulo amado
y las Mugeres piadosas
la Virgen se ha retirado
entre nieblas pavorosas
por un camino enlutado.

Tengamos en la memoria
á la cruz y á la pasion,
que con esta ejecutoria
por la puerta del perdon
entrarémos en la gloria.

Contemple el alma angustiada,
que desea hallar consuelo,
en tormentos anegada,
de siete angustias cercada
á la que es Reina del Cielo.

Grandes congojas sintió
Cuando fue con su Hijo á Egipto,
tambien cuando se perdió,
y despues quando lo vió
con la cruz triste y aflicto.

Fue este dolor tan penoso,
y el mayor que sentir pudo,
al ver á su Hijo hermoso
en aquel tronco nudoso
de la cruz morir desnudo.

La cabeza traspasada
de espinas, y su costado
herido de una lanzada,
la boca yerta y helada,
y el cuerpo descoyuntado.

Muy tristes suspiros daba,
en el cielo los ponia,
su santa faz le limpiaba
con su velo, y lamentaba,
y dolorosa decia:

Hijo de mi corazon,
resplandor del sumo Padre,
quién os trató con rigor,
y no tuvo compasion
de Vos, ni de vuestra Madre?

Consuelo mio querido,
concebido en mis entrañas,
y de mi vientre nacido,
no habiendo á nadie ofendido,
quién os trató con tal saña?

Quién se atrevió á traspasar
vuestras manos delicadas
y vuestro rostro afear,
para darme asi á gustar
angustias tan estremadas?

Y como esto lo deci
llena de amargura y pena,
por el dolor que sentia,
en los brazos se ponia
de Juan y de Magdalena.

Mover los pies no podia
con la pena que llevaba,
San Juan llorando decia
esforzaos, Señora mia,
y en parte se consolaba.

Mugeres, las que pasais,
si teneis corazon pio,
mirad si dolor hallais,
y algun tormento encontrais,
que se iguale con el mio.

Apenas fuerzas cobrando,
y llevado á sepultar
su Hijo, y sin él tornando,
lo que sintió y fue pasando,
es digno de contemplar.

La Magdalena llorando,
con suspiros la llevaba
sustentándola en sus brazos,
y ácia el lugar caminando
adonde la cruz estaba.

Y viéndola tan teñida
de aquella sangre preciosa
de su Hijo, Rey de vida,
con voz triste y dolorida
decia asi: cruz preciosa!

Adórote, porque en tí
padeció muerte cruel
un Hijo que yo parí:
recibidme, cruz, á mí
como recibiste á él.

Y las tristes profecías,
que os declaró Simeon,
todas se vieron cumplidas
cuando en tu Hijo ponias
el alma y el corazon.

Dadnos, Señora, á sentir
tus angustias en memoria:
contemplándolas así,
podrán las almas subir
á gozar la eterna gloria.

AMEN.